

## PRESENTACIÓN

El motivo del viaje recorre la historia desde sus orígenes, porque esta es la situación que simboliza de la manera más reveladora e intensa la condición humana en un sentido esencial, simbolismo que remite, como se ha dicho muchas veces, al “errar o al azaroso desplazamiento, imagen viva de la existencia”. Leopoldo Marechal escribió esa frase en 1961, al señalar las claves de su novela *Adán Buenosayres*. Así es, en efecto, y la literatura y la historia han registrado esa experiencia desde los tiempos más remotos y bajo las más diversas manifestaciones, como se puede apreciar en todo acercamiento a *La Odisea*, *La Eneida* o *La divina comedia*, para no abundar en otras menciones.

Pero el viaje no solo es imagen del errar, desde luego: lo es de toda búsqueda del conocimiento en sus más desplegados aspectos. El móvil viajero hace de nuestro estar en el mundo aquello que más efectiva y profundamente somos. Una noción formulada bajo la especie de “viaje de descubrimiento”, por ejemplo, define los múltiples alcances de tal realización.

Infinitos los viajes e innumerables los viajeros que han dejado testimonio de sus andanzas en todo lugar, incitados por los más distintos intereses. Las bibliografías de cada país abundan en su recuento. Indicamos solo la que dispuso para el nuestro Guillermo Feliú Cruz y que aparece en el Tomo I de *Viajes relativos a Chile*, traducidos y prologados por José Toribio Medina, editado en Santiago en 1962 por el Fondo Histórico y Bibliográfico que lleva el nombre del ilustre polígrafo. Esa bibliografía registra 550 entradas de obras de viajeros según este orden: I. Españoles; II. Hispanoamericanos y brasileños; III. Franceses; IV. Ingleses y norteamericanos; V. Italianos; VI. Alemanes, Holandeses y Escandinavos. Otros países; VII. Chilenos (sus obras suman 72), más una cantidad apreciable de adiciones y complementaciones.

Teniendo en cuenta esos datos debemos señalar que, al entregar una selección de trabajos, nos guía por una parte el propósito de formular una invitación a los lectores para reiniciar un trato con obras que, según lo sugerido por la reseña bibliográfica apuntada, tuvieron hartos más acogida en el pasado, lo que por cierto es muy explicable. Por otra, se trata de un intento por conferir a esta propuesta una nota variada de interés, abriendo el margen temático en diversas direcciones, lo que permite flexibilizar y expandir el concepto tradicional de “viajes y viajeros”.

El artículo inicial, de Stefanie Massmann, estudia la relación entre las narraciones de viaje y la construcción del conocimiento sobre el Nuevo Mundo, a partir del relato sobre el Estrecho de Magallanes escrito en su diario por Juan Ladrillero. Claudio Rolle lee las cartas de Manuel Lacunza como expresión del anhelo de recuperación de la patria perdida mediante el recurso a la fantasía y al sueño, lo que convierte a Lacunza en viajero de un espacio imaginario. Rodrigo Moreno Jeria comenta la expedición botánica dirigida en el siglo XVIII por el científico español Hipólito Ruiz, quien anotó en su

Relación las vicisitudes de su singular experiencia. Darío Oses investiga la personalidad y la obra memorialística del enigmático personaje que fue el oficial inglés Richard Longfield Vowell, testigo —por mucho tiempo anónimo— de los primeros años de la independencia americana. Leonor Riesco Tagle analiza los diarios de James Melville Gillis (*The U.S. Naval Astronomical Expedition to the Southern Hemisphere, 1855*) y el inédito de Jack A. Rankin (*To the Land of the Andes*) y demuestra la concordancia de ambos tipos de viajero en su apreciación de la naturaleza. Patricia Poblete Alday lee el sugerente libro de Guillermo Cox, *Viaje en las regiones septentrionales de la Patagonia* (1863), y lo ve como reformulación y expansión del concepto de frontera, que contribuyó mucho al conocimiento de la Patagonia Norte. Olaya Sanfuentes estudia una fuente inédita que aporta datos sobre la descripción de la zona de Atacama en el siglo XIX. Alberto Harambour atiende a los relatos de los británicos William Blain y James Redburne, quienes registraron su estadía en Tierra del Fuego en la década de 1890, analizando, entre otros aspectos, sus cruces y posiciones respecto al genocidio selknam. Macarena Ríos Llana comenta los escritos del ingeniero Víctor Caro acerca de sus viajes por la Puna de Atacama en el contexto de la demarcación de los límites entre Chile y Argentina y que manifiestan su final visión negativa de ese territorio. Rafael Sagredo Baeza ofrece un ejercicio de historia cultural centrado en la pasión bibliográfica del gran erudito que fue J. T. Medina, para quien el viaje es el del buscador incansable de impresos coloniales; esas travesías dan cuenta también de encuentros, de expresiones de sociabilidad y de enriquecedora colaboración. Elizabeth Horan destaca a Gabriela Mistral como viajera que en los turbulentos años de su permanencia como cónsul en Brasil contribuyó a crear puentes entre escritores, diplomáticos y refugiados antifascistas. Hernán Loyola propone el diseño del viaje de Pablo Neruda hacia Oriente y su regreso a Chile, entre 1927 y 1932, como el cumplimiento de una experiencia iniciática que fundamenta y da sentido a muchas manifestaciones de su creación poética. Rolf Foerster y Sonia Montecino hacen una lectura al mismo tiempo crítica y reveladora del viaje de Benjamín Subercaseaux a la Isla de Pascua como enviado del gobierno, en 1954. Las contradicciones entre su informe confidencial y sus crónicas públicas develan las tensiones de lo que los autores caracterizan como colonialismo republicano en Rapa Nui. Andrés Estefane propone una lectura de la *Biblioteca Fundamentos de la Construcción de Chile*, en la que se han reeditado cien obras capitales para el conocimiento de la historia y la cultura chilenas, y en la que se incluyen varios volúmenes relativos a la exploración territorial del país durante el siglo XIX y la primera mitad del XX. Como cierre de nuestro número monográfico de *Anales de Literatura Chilena*, ese recuento ilustra asimismo este proyecto y el sentido que le atribuimos a su publicación.

El presente volumen ha sido coordinado y editado en colaboración con nuestro colega el historiador Rafael Sagredo Baeza quien, además de su contribución con el texto sobre los viajes eruditos de J. T. Medina, apoyó esta idea desde su gestación,

con sugerencias, discusiones muy productivas sobre la disposición de los temas, obtención y revisión de los trabajos que fueron sometidos al comité editorial, y con su constante y animadora cercanía. En todo de acuerdo con él, decidimos que la portada de este volumen fuera un cuadro de María Graham, *Vista de la Cuesta de Lo Prado*, que figura entre las celebradas láminas de su obra *Diario de mi residencia en Chile durante el año de 1822*, publicado en Londres en 1824 y con numerosas traducciones y ediciones en nuestro país, desde 1902. Señalamos en esta oportunidad que sobre la distinguida autora y pintora inglesa publicamos en el número 21 de nuestros *Anales* (junio de 2014, pp. 61-79) un artículo de Lilianet Brintrup titulado “María Graham: el Almendral, urbanidad-sociabilidad engañosa”. Reproducir en esta portada una de las imágenes originadas en sus vivencias chilenas permite difundir otra de las facetas de sus facultades artísticas, y en la que fue tan notable como en su quehacer de cronista de un momento sobresaliente de la historia del país.

La Dirección